

La iglesia de mi pueblo

In: Askoren artean: *Andoain 1759-1959*, s.n., s.l., 1959: 12-13.

Ahora que evoco la iglesia de mi pueblo, siento que se me enreda en el pecho unos nudos gordos, como de amarraduras de barco.

Y, sin embargo, son cosas pequeñas; apenas unas risas y unas congojas de niño. Así son los recuerdos que se obstinan más en seguir viviendo dentro de ese misterioso mundo de nuestra conciencia. No sólo por lo orillados y aventados que han sido por el tiempo, hasta quedar sólo en el grano; sino por la pureza con que se fijaron, y que ahora, al regresar a la memoria desde algún escondido rincón de nuestra alma, se reproducen con el mismo candor de entonces.

No hay virtud que conmueva más que la pureza. De ahí que al pasar esos recuerdos de niño por nuestro criterio ya lleno de rugosidades y asperezas, nos produzcan esa extraña sensación de que nos están subiendo, atropelladamente, unos nudos gordos, como de amarraduras de barco.

¡Cuántos niños andoaindarras como yo habrán pasado por ese hogar caliente de hornear conciencias que ha sido la iglesia parroquial! ¡Cómo nos gustaría a todos encontrarnos algún día juntos, y reconocernos de padres a hijos, de abuelos a nietos, como la larga familia que somos!

Bajo el mismo amable techo hemos gustado desde la primera sal del bautismo destinado a preservarnos la pureza, hasta los profundos silencios del descenso de la Cruz el Viernes Santo, las alegrías pascuales de la primera comunión, las escalofriantes voces de bajo de los responsos en la anteiglesia, en que uno vive todos los terribles momentos de su propio entierro; e insensiblemente hemos ido adquiriendo ese sello de familia, que es idéntico al de los demás pueblos vascos y del que no se puede prescindir para llegar artificialmente a cualquier otro encasillado más genérico, a menos que los que están en el inventario sean hombres de lata, que es como suponer que sean pucheros.

Este sentimiento familiar impreso lentamente en el hogar común del pueblo, con las angustias vividas juntos desde más allá de los más lejanos abuelos de nuestra memoria, por el camino de la sustancia íntima de una lengua común, es el que sin duda movió a don Agustín de Leiza hace ahora doscientos años a dedicar parte de su fortuna hecha en América para construirle a Andoain una iglesia.

Aunque seguramente también influyeron en la decisión su primo, don Joseph de Apazteguía, que en aquel entonces era Rector de la Parroquia, situada donde hoy existe la Santa Casa de Misericordia, y el por tantos motivos vasco ilustre, el andoaindarra Padre Larramendi, sin duda que fueron su amor a la tierra, sus recuerdos familiares del pueblo, los que llamaron más poderosamente a su conciencia.

¿Qué es un pueblo sino una familia grande? Con sus incesantes adiciones y restas; pero una sola familia en desarrollo, y por eso también, en mutación constante de sus miembros. Como ocurre con el organismo humano, que vive en un proceso de continua

renovación celular sin dejar por eso de tener absoluta conciencia de su identidad y de su voluntad de destino individual y colectivo. Es decir, sin perder su alma.

A menos que pierda la razón, o que alguna catástrofe atente contra él, violentando esa conciencia individual y colectiva que constituye la preciosa herencia familiar de la que no puede prescindir el hombre sin gravísimo daño; ni los pueblos, porque la vida social y religiosa se rige también, como la vida fisiológica, por leyes muy severas.

El vasco que, como don Agustín de Leiza, emigra a América (porque el vasco siempre ha tenido una resuelta vocación americana) guarda siempre esa personalidad distintiva que se conforma en la poderosa tradición familiar de su pueblo.

Mientras el hombre no se reproduzca artificialmente, y se sustituya fraudulentamente a la familia en la enorme responsabilidad de su formación espiritual, no podrá escapar (¿y qué ventajas le reportaría hacerlo?) a ese ciclo generacional interdependiente de educación y de cultura. Por mucho que la humanidad avance en las técnicas de las comunicaciones, y adquiera en sus constantes transmigraciones una identidad de intereses supranacionales de proyección económica y cultural de bien común cada vez más acusada, el corazón del hombre seguirá perteneciendo a una madre, y a una familia, y a un pueblo, a quienes por ley natural estará ligado (y así ha sido, afortunadamente desde que el hombre tiene razón) por el reconocimiento, por el efecto, por los recuerdos, por toda esa trabazón moral y afectiva que en el hombre es profundidad, es conciencia y es voluntad.

¿Y acaso la diversidad perjudica al progreso?

El vasco, que posee tan acusada raigambre tradicional, se integra perfectamente a la vida de los pueblos americanos. Es curioso que a pesar de ser un pueblo pequeño, sea tan destacado el número de vascos que han quedado en la historia de la libertad y el progreso de las veintiún repúblicas americanas por haberse dado generosa y eficientemente con su cultura, su trabajo y su sangre.

Ser vasco, con todas sus consecuencias de hablar su hermosísima lengua, de ser los campesinos, o los industriales, o los comerciantes, o los pescadores y leñadores que somos, con nuestras profundas tradiciones de pueblo viejo, y pueblo espiritual y pueblo tenaz, no constituye ningún obstáculo para el progreso. Más bien, al ser vasco se le atribuyen altas virtudes que retoñan pujantemente en todos los demás pueblos que lo reciben. El que arraiga en su tierra y en los sentimientos de su pueblo, el que ama y practica lo propio, también arraigará noblemente allá donde la haya llevado la voluntad, o a veces la necesidad, y amará y practicará sus virtudes; los desarraigados, de cualquier parte que sean, seguirán siendo los desarraigados de valor social y cooperativo casi nulo de cualquier nación del mundo donde emigren.

La diversidad mutuamente respetuosa no perjudica al concierto de una vida más compartida, más generosa y de más amplias proyecciones entre los pueblos; más bien resulta provechosa. El vasco del *Gernika'ko Arbola* que cantó Iparraguirre es un símbolo viejo bien actual. Cualquier empresa que resulta de la suma de voluntades es mucho más eficaz que la organizada bajo el principio de un haz despótico de voluntades sometido a la del más fuerte.

En tanto que pueden muy bien coexistir armoniosamente los elementos de lo diverso, nunca podrán coincidir eficazmente hombres libres y cultos dentro de un

régimen de uniformidad que anula la iniciativa y asquea y ahoga el alma. Mientras no se fabriquen hombres de hojalata, y se los mande con botones (y sería la recta final del hombre hacia su autodestrucción), lo diverso, lo vario, articulado en la práctica del respeto mutuo y de la tolerancia, será el signo del progreso espiritual y material del hombre.

Esta iglesia de mi pueblo, cuyos sólidos pies de piedra comenzaron a afincarse hace doscientos años por la voluntad del andoaindarra don Agustín de Leiza, constituye una elocuente lección.

Dice cuán profundamente arraigan en el alma humana el afecto por la familia y por el pueblo, y de qué manera tan espléndida puede compartir el vasco educado en esa tradición los deberes para con su pueblo de nacimiento y para cualquier otro en que rinde su vida humildemente, amortajado con un viejo sayal de franciscano.

Después de doscientos años, esta iglesia de mi pueblo inspira a otros andoaindarras que viven circunstancial o definitivamente en los pueblos americanos, el mismo recuerdo y las mismas emociones que movieron a don Agustín de Leiza durante su vida y su agonía en San Salvador de Jujui.